



Formación en valores



**ASUMIR
RESPONSABILIDADES**



Contenido:

Un premio inesperado	4
¿Quién me ayudará?	6
Basta de refunfuñar	9
¡A la orden, mi capitán!	12
Ejercita la memoria	15
Mis responsabilidades	16
Cofre del tesoro	17
Piensa... ..	19



Si ves algo que hay que hacer, ¡hazlo!

Diseño: Amber Darley y Agnes Lemaire

Copyright © 2011 Aurora Productions. Derechos reservados.

Un premio inesperado

Dorita tenía una tarea especial: sacar a su abuelo a dar una vuelta todos los días. Como estaba muy viejito caminaba muy despacio, apoyándose en un bastón. Salían de la casa, y tomaban siempre el mismo camino hasta llegar a un lugar determinado. Allí, se daban la vuelta y emprendían el lento retorno. Al llegar a la casa, daban otra vuelta más y salían nuevamente al mismo lugar; y así seguían, iban y volvían hasta el mismo punto cuatro veces seguidas. El camino que recorrían era un sendero muy tranquilo de campo. No había ni casas ni tiendas ni gente, y solo muy de vez en cuando pasaba algún auto.

A veces, Dorita y su abuelo tenían conversaciones interesantes mientras caminaban. Otras veces, no tenían casi nada que decirse. A menudo Dorita perdía la paciencia cuando se daba cuenta del tiempo que demoraba su abuelo en dar esos pasitos. Trataba de mostrarse alegre para que el abuelo disfrutara del paseo, pero muchas veces se ponía a pensar en todo lo que le hubiera gustado hacer en lugar de acompañar a su abuelito.

Cierto día, mientras admiraba los árboles, las flores y los arbustos, pensó:

–Este camino es muy bonito; lástima que haya tanta basura por todas partes. Echa a perder la belleza del campo.

Al día siguiente, cuando sacó a pasear a su abuelo decidió llevar un saco vacío y los guantes que usaba para trabajar en el jardín. Mientras caminaban, se puso a recoger la basura con que se iba topando y la fue poniendo en el saco. Al ratito su abuelo también tomó interés en la tarea y comenzó a señalarle con el bastón los papeles que ella no advertía, pues estaban escondidos entre los arbustos y la maleza. A veces, hasta la ayudaba a sacar los más difíciles ayudándose con su bastón. Poco a poco, el sendero se fue limpiando y el saco de Dorita se fue llenando. Todos los días realizaban esa tarea de limpieza y los paseos se hacían cada vez más interesantes, al punto en que a Dorita le hacía ilusión aquel paseo diario con su abuelo.

Cierto día, los sorprendió una noticia inesperada: resulta que se había organizado una competencia para premiar la aldea mejor cuidada de toda la comarca, y su aldea había ganado el primer premio.

–Estoy seguro de que tu tarea de limpieza contribuyó a que nuestra aldea saliera premiada –le dijo el abuelo a Dorita.

–¡Pues tú también ayudaste! –le contestó Dorita sonriendo, y le dio un gran abrazo–. Si no hubiésemos salido de paseo todos los días, ¡no lo habríamos logrado!



- Dorita vio que había algo que hacer y lo hizo. ¿Se te ocurre algo que habría que hacer, y que tú podrías ayudar a que se haga?
- ¿Cómo aprovechó Dorita el tiempo en que tenía que dedicar a que pasear con su abuelo? ¿Alguna vez te diste cuenta de que, al igual que Dorita, podías hacer dos cosas al mismo tiempo? Habla sobre esa experiencia.
- ¿Hay algo que debes hacer y que no disfrutas en particular? ¿Se te ocurre qué podrías hacer para que esa tarea se vuelva más interesante o estimulante?
- A veces, cuando hacemos las cosas demasiado rápido, se nos escapa algo importante que podríamos hacer para ayudar a los demás. ¿Se te ocurren maneras de ayudar a las personas que encuentras en el camino?
- ¿Por qué debemos ayudar a los ancianos? ¿Cómo podemos contribuir a que se sientan queridos? Ponte en su lugar: ¿cómo te gustaría que te trataran?





¿Quién me ayudará?

Había una vez un elefante, una jirafa, un hipopótamo, una cebra, un mono y un antílope. Todos vivían juntos en una reserva, en un hermoso bosque. Cierta día, el antílope fue a ver a los otros animales y les dijo:

–Organizaré una fiesta magnífica y todos lo pasaremos bien. ¿Quién me quiere ayudar a desenterrar y lavar unas papas?

–Yo no –dijo el mono.

–Yo tampoco –coreó la cebra.

–Tampoco yo –agregó el hipopótamo.

–Yo estoy muy ocupado –dijo el elefante.

–Y yo... –remató la jirafa– tengo mucho que hacer.

–Muy bien. Pues entonces, yo mismo me ocuparé –dijo el antílope–, y se abocó solito a la tarea.

A la media hora regresó donde sus compañeros y preguntó:

–¿Quién quiere ayudarme a recoger y pelar unas ricas nueces?

–¡Yo no! –dijo el mono.

–Yo tampoco –coreó la cebra.

–Tampoco yo –agregó el hipopótamo.

–Yo estoy muy ocupado –dijo el elefante.

–Y yo... –remató la jirafa– tengo mucho que hacer.

–Pues bien, entonces yo mismo lo haré –dijo el antílope– y se puso a recoger nueces.

Al rato regresó nuevamente donde los otros animales y preguntó:

–¿Quién quiere ayudarme a recoger granos de café y molerlos?

–Yo no –dijo el mono.

–Yo tampoco –coreó la cebra.

–Tampoco yo –agregó el hipopótamo.

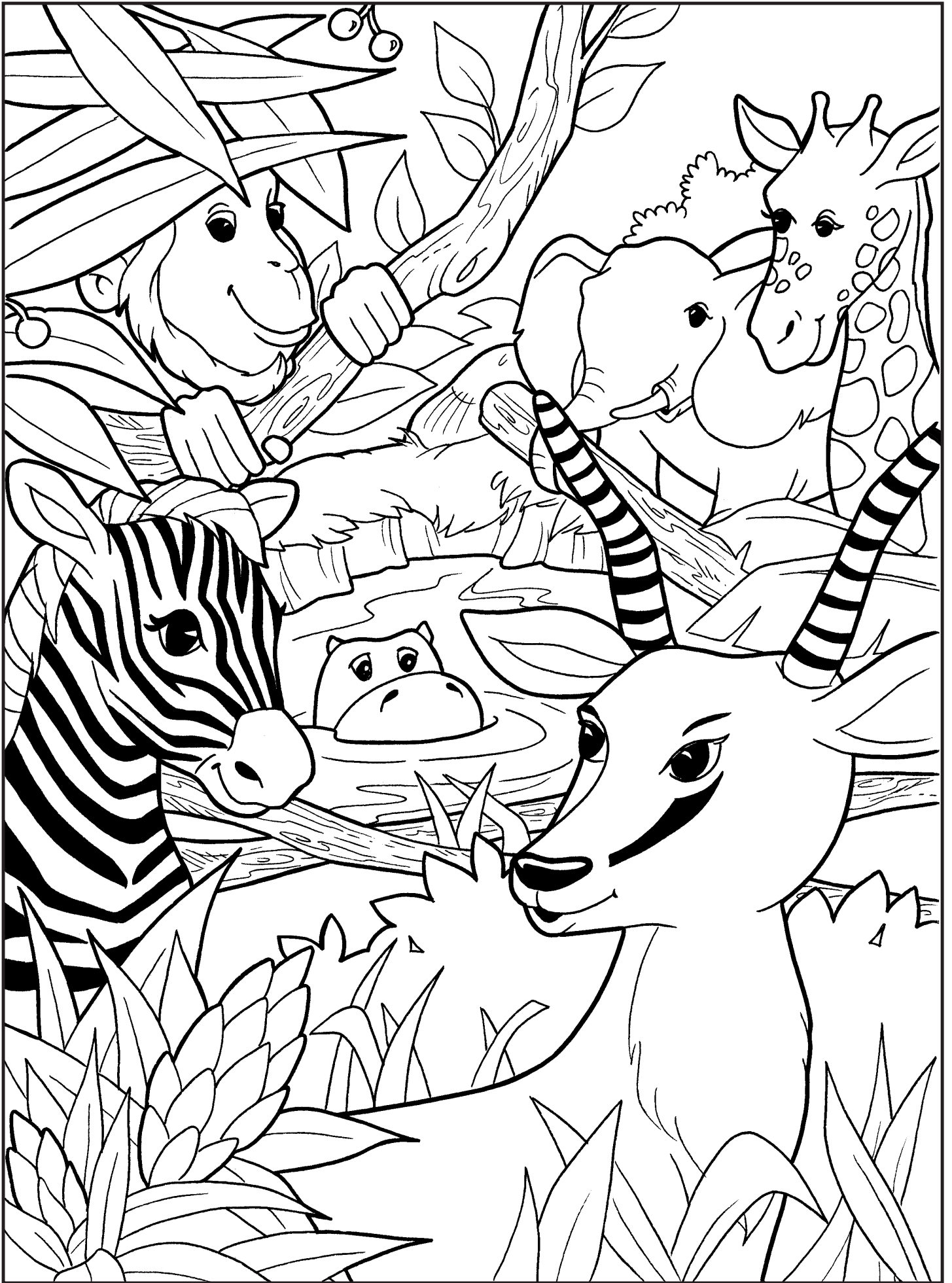
–Yo estoy muy ocupado –dijo el elefante.

–Y yo... –remató la jirafa– tengo mucho que hacer.

–Pues bien, parece que otra vez tendré que arreglármelas por mi cuenta –dijo una vez más, y siguió trabajando para preparar la comida.

Una vez que había molido el café, volvió de nuevo donde estaban los otros animales.

–¿A quién le gustaría ayudarme a recoger los plátanos? A lo mejor a ti, monito. ¿No te interesaría un trabajo así?



–¡En absoluto!–dijo el mono.

–A mí tampoco –coreó la cebra.

–Y a mí, ¡menos!–agregó el hipopótamo.

–Yo estoy muy ocupado –dijo el elefante.

–Y yo... –remató la jirafa– tengo mucho que hacer.

Cada vez que el antílope pedía ayuda a los animales le respondían que no, pues preferían descansar bajo un árbol, irse a nadar o comer algo sabroso. Finalmente, cuando la comida estuvo completamente lista, el antílope se acercó por última vez a los animales y les preguntó:

–¿A quién le gustaría acompañarme a comer?

–¡Me encantaría!–dijo el mono.

–¡A mí también!–coreó la cebra.

–Yo, ¡encantado!–agregó el hipopótamo.

–Yo ya no estoy ocupado –dijo el elefante.

–Y yo... –remató la jirafa– dispongo de todo el día.

–Pues cuánto lo siento. Me lo comeré todo yo solito. Como nadie me dio una mano con los preparativos, ahora disfrutaré solo de este festín –les respondió el antílope.

Los animales se lamentaron mucho de no haber ayudado al antílope con el trabajo. Se sintieron muy mal y le pidieron perdón.

–Lo siento –dijo el mono.


–Yo también –coreó la cebra.

–También yo... –agregó el hipopótamo.

–Perdóname –dijo el elefante.

–A mí también... –remató la jirafa.

Y como el antílope era un animal amable y tierno, los perdonó a todos y los invitó a disfrutar de la magnífica comida que había preparado. A partir de ese día, se convirtieron en los animales más serviciales y dispuestos a ayudar de toda la reserva.

-
- 
- ¿De qué manera podemos ser serviciales y mostrarnos dispuestos a ayudar?
 - ¿Cómo nos sentimos cuando colaboramos con los demás?
 - ¿Cómo se sienten los demás cuando les ofrecemos ayuda?
 - ¿Se demuestra amor cuando hay disposición y deseo de ayudar? Explica por qué.
 - ¿Crees que si estamos dispuestos a realizar con buena disposición pequeñas tareas que a lo mejor no quisiéramos hacer, más tarde nos asignen trabajos mayores y más importantes que sabremos disfrutar?

Basta de refunfuñar

Finita tenía seis años, y un grave problema: refunfuñaba constantemente. Refunfuñaba cada vez que alguien le pedía que ayudara a lavar los platos. Refunfuñaba cuando su madre le recordaba que tendiera su cama. Y refunfuñaba cuando la maestra le pedía que la ayudara a limpiar el aula. Un día su madre le dijo:

–Finita, no me gusta oírte refunfuñar cada vez que te pido que hagas algo. ¿No podrías responder con alegría en lugar de refunfuñar?

Pero Finita no cambiaba. Seguía refunfuñando.

Un día, la maestra habló a los niños sobre la importancia de ser amables y serviciales con los demás.

–Cuando somos egoístas –dijo–, solo buscamos ser amables para con nosotros mismos, en lugar de serlo con los demás–. Explicó a los niños que si no aprendían obedecer a sus maestros y a sus padres de todo corazón, les resultaría difícil abrirse paso en la vida.

Finita reflexionó durante mucho tiempo sobre aquellas palabras. Recordó cómo siempre refunfuñaba en lugar de mostrarse alegre cuando alguien necesitaba que lo ayudara. ¿Cómo podría abrirse paso en la vida si ni siquiera ayudaba a su mamá o a su maestra?

–En fin –pensó Finita–, tendré que lavar los platos cuando mamá me lo pida y no ponerme a refunfuñar.

Esa misma noche, la mamá de Finita le pidió ayuda.

–Finita, ¿me ayudas a lavar los platos?

Y, ¡adivinen lo qué hizo Finita! Se olvidó completamente de lo que había explicado la maestra. Ay, ay, ay... esa Finita, ¿aprendería algún día a no quejarse?

Al día siguiente, después del desayuno, su mamá volvió a preguntarle:

–Finita, ¿por favor, me das una mano con esto?

Y justo cuando Finita estaba a punto de ponerse a refunfuñar, como de costumbre, su madre le dijo:

–Tengo una idea. Hoy, solamente hagamos lo que nos dé la gana hacer.

A Finita se le iluminó el rostro. No hacía más que sonreír.

–¿Eso quiere decir que no tengo que recoger los platos? –, preguntó con mucho interés.

–No –le respondió su mamá–, a menos que quieras hacerlo.

–¡Pero qué bueno! –dijo Finita–. Y entonces... ¿tampoco tengo que ir a la escuela?

–Nada es obligatorio, solo si quieres –le contestó su mamá.

–Y, si me da la gana, ¿también puedo comerme el pastel que me preparaste para la fiesta de cumpleaños de mañana?”

–Claro que sí–insistió su mamá–, si lo deseas.

Aquel día, Finita no movió un solo dedo. No fue a la escuela. Jugó un ratito con su muñeca. Cuando se cansó, se comió cuatro pedazos de pastel. Luego salió a jugar, pero como los otros niños estaban en la escuela, no había nadie con quien jugar. Paseó un rato por el patio y volvió a

entrar en la casa. Los platos del desayuno seguían sucios y la cocina se había llenado de moscas.

–Mamá –exclamó–, nadie ha lavado los platos.

–No, no –le contestó la madre–, recuerda que hoy solo vamos a hacer lo que se nos antoja.

Hasta que llegó la hora de preparar el almuerzo. Su mamá siempre le preparaba unos almuerzos muy sabrosos, pero ese día no había preparado nada.

–Mamá, ¿no es hora de almorzar?

–Pues sí – le respondió su madre–, pero es que no tengo ganas de cocinar, y como hoy decidimos hacer solamente lo que tenemos ganas de hacer... a lo mejor encuentres un vaso de leche para ti en el refrigerador.

Así que Finita se tomó un vaso de leche y salió a jugar. Pero aunque se entretuvo jugando un buen rato, se dio cuenta de que seguía con hambre. Volvió a la casa y se comió cuatro pedazos más de pastel, y al rato comenzó a sentirse muy mal.

–Mamá –le dijo– me siento mal. Ven a acompañarme...

–Estoy ocupada –le respondió su mamá–. Por qué no te acuestas, y tal vez así se te pase.

Finita se acostó. A la hora de la cena ya se sentía mejor, pero no había nada que cenar.

–¿Por qué no te comes lo que queda de tu pastel de cumpleaños? –le preguntó su madre–. Mañana es tu cumpleaños, ya lo sabes.

–Pero es que ya no quiero más pastel –le contestó Finita–. ¿Me prepararás otro para mañana?

–Ay, no, no tengo ganas. Prefiero leer un rato.

¡Pobre Finita! Decidió irse a dormir. A la mañana siguiente su madre le dijo:

–¡Feliz cumpleaños, Finita! ¿Qué opinas: hacemos hoy también solo lo que queremos hacer?

En pocos segundos, Finita recordó lo sucedido el día anterior. No lo había pasado muy bien que digamos. Se acordó del dolor de estómago que le había dado por comer tanto pastel. Recordó cómo su madre había querido hacer de todo menos atenderla. También le volvieron a la memoria las palabras de su maestra, aquello acerca de hacer las cosas con alegría y de todo corazón.

Entonces Finita respondió:

–No, hagamos hoy cosas la una para la otra: yo para ti y tú para mí.

Parece que Finita había aprendido la lección, porque ya no refunfuñaba tanto. Bueno, lo hacía de vez en cuando, pero casi automáticamente se acordaba de lo que había pasado el día antes de su cumpleaños, y ponía el máximo esfuerzo en mostrarse alegre y servicial.



- ¿Por qué refunfuñaba Finita?
- Y tú, ¿eres servicial y alegre? Si no lo eres, ¿qué puedes hacer para serlo?
- ¿Te toca hacer a veces tareas que no disfrutas? Si es así, comenta alguna. Trata de imaginar cómo sería tu vida si nadie realizara esas tareas. ¿Por qué crees que tenemos que hacer lo que hay que hacer, en lugar de hacer solo lo que queremos?





¡A la orden, mi capitán!

–¡Pepe! –exclamó una voz–. Ven, por favor, hijo. Te necesito.

–¡Ya voy! –respondió una voz desde alguna parte de la cabaña. El papá siguió trabajando. Habían encargado leña para el invierno, y habían dejado una pila enorme en el medio de la calle. Como faltaba poco para que oscureciera, el papá trabajaba a toda prisa para meterla dentro de la casa antes de que se hiciera de noche. Al rato volvió a llamar, con mayor insistencia:

–¡Pepe! ¿Qué pasa, que no vienes?

–Enseguida voy –volvió a contestar Pepe.

Viendo que se hacía de noche, el papá se debatía entre dejar la pila de madera e ir a buscar a su hijo para que lo ayude, o seguir con la tarea por su cuenta. Decidió seguir trabajando. Pero al rato se dio cuenta de que no acabaría a tiempo.

–Pepe debe de estar entretenido con algo, pero la verdad es que me vendría muy bien que me diera una mano. De lo contrario, no creo que acabe a tiempo.

–¡Pepe! –insistió–. Necesito que me ayudes a guardar la madera bajo techo. ¡Ven, de una vez!

Tras una larga pausa, volvió a preguntar:

–¿Hijo, vas a venir o tengo que ir a buscarte?

–Ya voy– volvió a responder Pepe, y a los pocos minutos se presentó en la puerta de la casa, donde se encontraba la pila de leña. –¿Qué tengo que hacer? –preguntó.

–Tenemos que sacar toda esta leña de acá antes de que caiga la noche. ¡De prisa! –dijo su papá.

Por fin, Pepe se puso manos a la obra y comenzó a colocar la madera en una carretilla para que su papá la metiera en la cabaña. Una vez que se ponía en movimiento sabía trabajar bien, pero lo difícil era precisamente ponerlo en movimiento. Necesitaba con urgencia un «arrancador».

Cuando terminaron la tarea y hasta el último trozo de leña se encontraba a buen resguardo, el papá se volvió hacia Pepe y le dijo:

–Gracias, hijo, por tu ayuda. Me gusta cuando trabajas conmigo. Eso sí: si vinieras la primera vez que te llamo, sería aún mejor. ¿No podrías esforzarte un poco más en ese sentido?

–Es que me cuesta arrancar –le contestó Pepe– sobre todo cuando estoy interesado en otra cosa.

–Te contaré un cuento –le dijo el papá–. A Pepe se le pararon las orejas enseguida. Le encantaban los cuentos.

–¿Has escuchado o leído alguna vez acerca de un hombre llamado Shackleton... Sir Ernest Shackleton?

–¿Te refieres al famoso explorador que llegó hasta a la Antártida?

–Así es. Pues resulta que cuando estaba organizando una de sus expediciones a la Antártida decidió llevar consigo a un asistente apellidado Wild, un hombre que lo había acompañado en viajes anteriores y que había demostrado ser muy fiel y dedicado. El asunto es que no había quién encontrara a Wild. Se decía que se había internado en las selvas más



profundas de África para cazar animales grandes, y que no había forma de ubicarlo.

–Será mejor que desistas en tu búsqueda–, le dijo un amigo. –Si está en África, jamás lo encontrarás. Y si ahora se dedica a la caza mayor, lo más probable es que ni siquiera tenga el deseo de ir a la Antártida.

–Pero yo necesito a Wild –respondió Shackleton.

–Pues será mejor que emprendas viaje si él –insistió su amigo–. Para empezar, no tienes cómo encontrarlo, y si lo encontraras no iría de todas maneras.

–Pero, es que si Wild se entera de que saldré de expedición, vendrá –dijo Shackleton, muy seguro de sus palabras–. No me cabe duda de que vendrá, ya sea que esté en África o donde sea que esté.

–No lo creo– le dijo su amigo.

En ese preciso instante llamaron a la puerta.

–Abajo hay una persona que quiere verlo, señor –dijo un criado, y le entregó una tarjeta. Shackleton miró la tarjeta y leyó: Ernesto Wild.

–¡Es Wild! ¡Está aquí! –gritó emocionado–. ¡Que suba!

Contentos de volver a verse, los viejos amigos se dieron un fuerte abrazo.

–¿Pero cómo...? –comenzó a preguntar Shackleton–. Me habían dicho que estabas de caza en África.

–Así es, profesor –respondió Wild.

–Pero ni bien me enteré de la expedición que estaba organizando usted, lo dejé todo para hacerme presente cuanto antes–. Acto seguido, se puso muy firme, hizo una venia y dijo:

–¡A la orden, mi capitán!

* * *

–Y, ¿qué te parece lo que hizo Wild, Pepe? No esperó a que lo llamaran. Simplemente se dio cuenta de que lo necesitaban y fue. Dejó todo lo que estaba haciendo y se puso a hacer lo que consideraba que era su deber.

–¡Genial! ¡Estaba justo donde lo necesitaban! –dijo Pepe.

–Pues lo que a mí me gustaría... –comenzó a decir el papá de Pepe.

–Sí, ya sé –interrumpió Pepe. Y fue entonces que tomó la decisión de cambiar. La próxima vez que su papá le pidió que lo ayudara en una tarea, contestó de inmediato:

–¡A la orden, mi capitán!



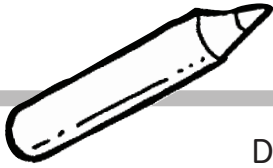
- ¿Qué razones tenía Pepe a veces para no ayudar cuando se lo pedían? ¿Te parece que eran razones válidas?
- ¿Cómo reaccionas tú cuando te piden que hagas algo o ayudes a alguien? Si estás haciendo otra cosa que te gusta, ¿eso cambia en algo tu reacción a la solicitud de ayuda?
- ¿Alguna vez has hecho lo mismo que Pepe? ¿Por qué?

Para divertirse usando la memoria



Si ves algo que hay que hacer, ¡hazlo!

¡Saca el lápiz!



Mis responsabilidades

Dibújate dentro del recuadro de "deberes". Señala en cada lugar dos deberes de los que tú seas responsable. Puedes dibujarlos o escribirlos.

Deberes

En la casa

En la escuela

En mi comunidad

Cortar y pegar

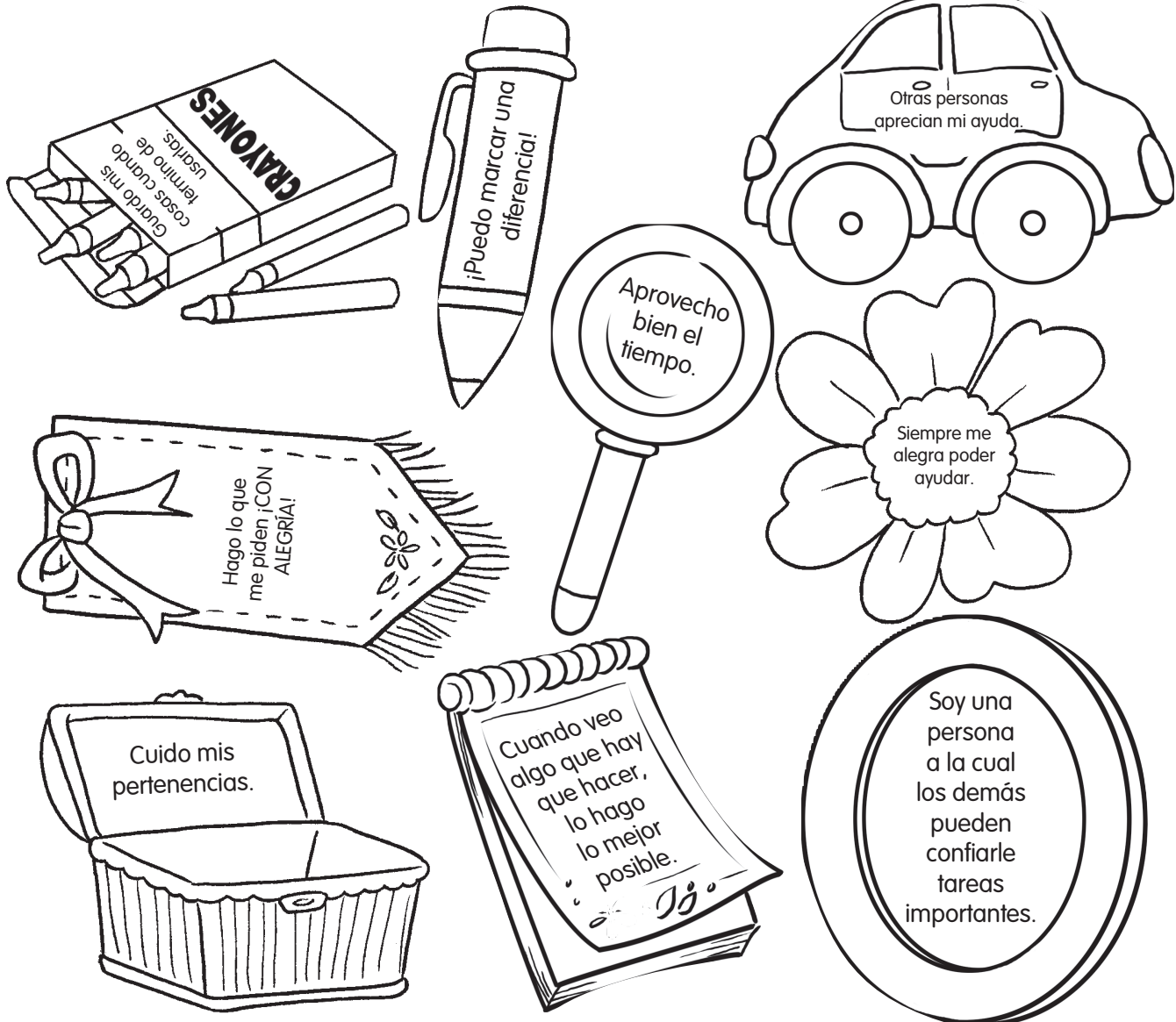
Cofre del tesoro

Instrucciones:

- Busca una caja que tenga tapa. (Si no encuentras ninguna, tú mismo puedes hacerla, o usar un sobre.)
- Decora la caja. Puedes usar fideos de distintas formas cuando le sacas punta a un lápiz o un crayón, papel de regalo, ilustraciones de revistas, ¡o cualquier otra cosa que se te ocurra! ¡Que te diviertas!
- Colorea y recorta los tesoros que encontrarás más abajo.
- Pon en la caja estos tesoros con sabias palabras para que te recuerden tus responsabilidades.
- Todos los días, ¡saca algún tesoro! Según vas progresando, puedes incluso agregar más recordatorios.

Materiales:

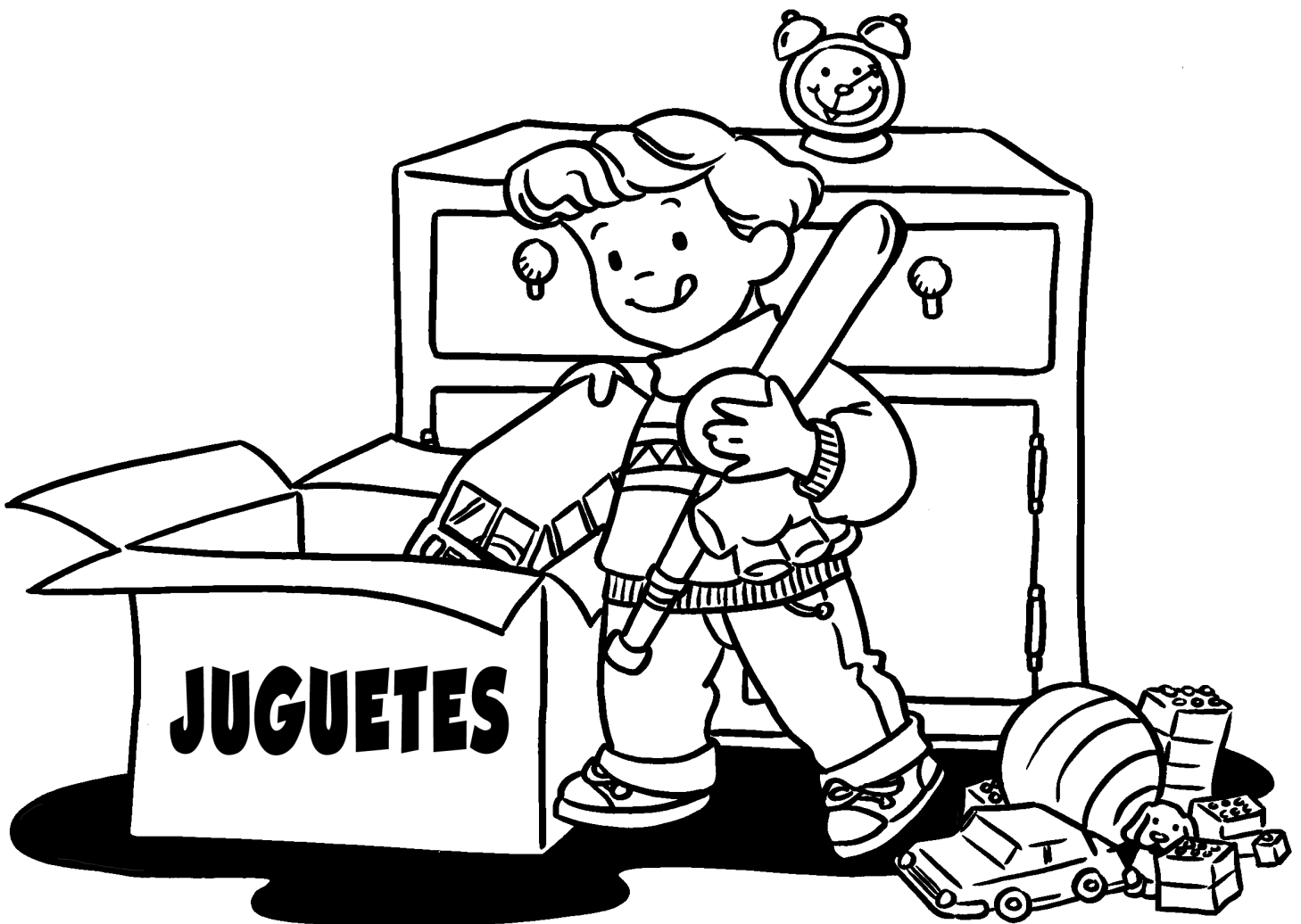
una caja
goma de pegar
lápices de colores o crayones
tijeras
adornos



Piensa...

Hay muchas maneras de ser servicial y demostrar a los demás que te interesas por ellos.

Puedes ayudar con las tareas de la casa. Puedes guardar tus juguetes y tus libros cuando terminas de jugar o de leer. Puedes esmerarte por ordenar tus cosas y procurar que todo esté limpio y no dejar comida en el plato. Puedes obedecer enseguida. Parecen detalles, nada más, pero son cositas que uno puede hacer para dar buen ejemplo. Y cuando uno las hace, ¡poco a poco se va convirtiendo en una mejor persona!



Formación en valores

Curso para la formación de valores y el desarrollo de la inteligencia emocional y social de los niños, en 20 módulos.

Enseña habilidades para encarar eficazmente las exigencias y desafíos de la vida diaria. Pueden impartirlo indistintamente padres de familia, orientadores, monitores y maestros, en casa, en el aula, en campamentos educativos, colonias de vacaciones, etc. Cada módulo se centra en una virtud, cualidad personal, habilidad social o destreza comunicacional de gran

importancia para adquirir una sana autoestima y disfrutar de una vida gratificante en paz y armonía con los demás.



SBA-KS-S12 - Asumir Responsabilidades

Hecho en México



Distribuido por Prodidisa
Tel. (52-81) 8123-0605 ó 01-800-714-4790
E-mail: prodidsa@prodidsa.com
www.prodidsa.com

